



ECLOSIÓN ADOLESCENTE: UNA LECTURA DESPATOLOGIZANTE

Jazmín Agreda Ríos Correa

*Docente de la Facultad de Psicología y Educación de la Universidad Autónoma de Querétaro (UAQ)
Coordinadora de CeSeCo Norte (Central de Servicios a la Comunidad)
jazmin.agreda.rios@uaq.mx*

Resumen

El presente trabajo propone realizar un análisis ético político desde la despatologización de la adolescencia por medio de la teoría y clínica psicoanalítica como una de las construcciones que problematizan los fenómenos de las subjetividades adolescentes, con el fin de sostener y escuchar el acontecimiento de la adolescencia con respeto por la diversidad subjetiva, donde el texto sea una posibilidad de apertura y no de respuestas cerradas o soluciones ya dadas, y la escritura un espacio para cuestionar y reflexionar sobre las prácticas patologizantes hacia las adolescencias, posibilitando la pregunta como vía de trabajo. Por medio de distintas autoras y autores se realizará un análisis de los efectos de esta patologización, reconociendo los ejercicios de violencia sobre las vidas de las adolescencias y las prácticas adultocéntricas. El objetivo de esta reflexión es proponer otras formas de acompañar, sostener y habitar el ser adolescente y que devenga en porvenir, pasando del síndrome a la potencialidad y generar los medios que lo posibiliten.

Palabras clave: adolescencia, despatologización, clínica psicoanalítica, adultocentrismo.

En los últimos años distintos autoras y autores han contribuido a la despatologización de las adolescencias desde la práctica y teoría psicoanalítica. Sin embargo, es fundamental que los especialistas en el ámbito de los saberes psic continúen reflexionando y construyendo nuevas vías que posibiliten la adolescencia como un tiempo de vida habitable permita la proyección del porvenir. En este sentido, es necesario analizar el concepto y el acto de despatologizar, para poder construir otras formas de producir saberes que no tiendan a la

patologización de la vida, para reconocer la diversidad subjetiva del acontecimiento adolescente.

1. Patologizar la vida

Untoiglich (2013) define que la maquinaria y sistema de patologizar la vida consiste en convertir los problemas de la vida cotidiana como problemas mentales, que estos sean tratados y definidos por los biosaberes como



trastornos, déficit, o enfermedades mentales, y por consecuencia medicalizar. De esta manera, los problemas de la subjetividad no se trabajen como problemas individuales y con una tendencia al reduccionismo biologicista.

Asimismo, se excluyen las diferencias históricas, económicas, sociales y políticas, y se favorece la desaparición y se la invisibiliza de las singularidades y diversidades subjetivas. Como resultado se perpetúan diagnósticos cerrados y etiquetantes, reducidos a salud o enfermedad, normalidad o patología, con tendencias a homogenizar la realidad: el no reconocer la riqueza subjetiva lo único que logra es patologizar.

Hoy en día los saberes y los paradigmas médicos han invadido la vida cotidiana y el plano de la subjetividad, lo que tiene efectos importantes sobre todo para las adolescencias, pues estas son blanco constante de la medicalización, los estigmas y las etiquetas. En este contexto, las intervenciones y prácticas en el ámbito de la salud se han convertido en un acto violento de patologización en lugar de que el objetivo sea el bienestar de las personas.

Pensar que medicalizar es el fin de la medicina y es aplicar la ciencia es realmente una estrategia de poder social que beneficia a unas pocas personas (mercado, capitalismo e industria farmacéutica) y daña a muchas otras.

Los alcances del proceso de medicalización traen como consecuencia:

- 1) la expansión creciente de las áreas de incumbencia de la medicina, fomentada por una industria farmacéutica crecientemente poderosa y rentable; 2) el uso de diversas tecnologías por parte de la medicina para el tratamiento del comportamiento “anormal”, la utilización de mecanismos tecnológicos que contribuyen al sostenimiento del status quo, con efectos en los sujetos (sobre todo en los niños) que en ocasiones resultan irreversibles y 3) se deforma la realidad y se

promueve el control social en nombre de la salud. (Untoiglich, 2013, p. 28-29).

Por ello, no solo resulta crucial denunciar estas prácticas patologizantes en el hacer de los especialistas de la salud, sino también plantear otras formas de intervenir en los saberes de la psicología, pero también desde la escuela, la familia, la sociedad y la clínica psicoanalítica.

2. La eclosión adolescente

Si se analiza el discurso de manera crítica, desde diversas lecturas teóricas y clínicas de la epistemología psicoanalítica, se puede pensar la adolescencia como **un nacer de la ruptura**. En este orden de ideas, el presente trabajo no persigue definiciones cerradas o la definición última del término, pues resultan casi imposibles. Se intenta plantear la adolescencia como pregunta y abrirse a un concepto más amplio. Por ello, el análisis que se hará en el texto será ruptura a su vez, un acto performativo, ético-político de la despatologización de la adolescencia.

Asimismo, se propone acompañar y sostener la eclosión del acontecimiento adolescente, lo cual abre la posibilidad de observar la adolescencia como un romper el cascarón, nacer de la ruptura, de la fisura, pensar la vida con sus conflictos, confrontaciones, separaciones y normalizar el quiebre como parte de la vida. Esa ruptura nos permitirá pensar que los brotes no son sin conflicto y que el conflicto no es siempre patología. Si logramos ver el conflicto como oportunidad este permitirá la inauguración de nuevos espacios, el encuentro con la autonomía, la búsqueda y exploración de la identidad, la construcción de un propio saber, de una singular forma de vivir. Es así como será factible despatologizar la adolescencia.

El diccionario señala que eclosión es el “Hecho de abrirse una flor o un capullo



extendiendo sus pétalos. Hecho de romperse un huevo o la envoltura de una crisálida para permitir la salida o nacimiento del animal” (RAE, s.f.)

La definición nos permite dar cuenta que esta eclosión sería la acción de nacer o brotar de un ser vivo, después de romper la envoltura (huevo, capullo, etc.) que lo contenía, es decir, la adolescencia como nacer y romper el cascaron que contiene para así continuar y que la vida sea habitable.

Existe una tendencia a nombrar esta eclosión desde la patología. Gabriela Insua (2017) le llama a esta tendencia “mala prensa”. Por ello las adolescencias tienden a la mala prensa y esto tiene efectos sociales, mediáticos y en la producción de saberes de las ciencias sociales, pues se ejercen muchas violencias de enunciación. Se les coloca desde el déficit, se les criminaliza y banalizan sus formas de ser y pensar, sin escuchar. Esto conlleva a la marginación y genera estigmas sociales donde son colocándolas en un lugar de no saber, de incredibilidad.

Sin embargo, las adolescencias existen y resisten, sobre todo las adolescencias más invisibilizadas, las desamparadas (en situación de calle, migrantes, captadas por el narcotráfico, en guerra, pobreza, desaparición, etc). Estas habitan constantemente en medios de desigualdad, violencia, pobreza y vulnerabilidad, aunado al abandono del estado, político, social y emocional. Por ello, son las que más se patologizan.

Es necesario que los especialistas escriban y piensen desde el reconocimiento y escucha de la eclosión adolescente, pero también hacer trabajo situado en los contextos singulares para construir una práctica clínica ética y abierta, con dignidad y respeto hacia las adolescencias. Una clínica no adultocéntrica que acompañe sin juicios morales, que esté disponible y sea generadora de espacios subjetivantes, que

incluya la diversidad de formas y así que la vida sea vivible y habitable.

Aunado a ello, permean en todos los niveles de la sociedad las prácticas adultocéntricas, las cuales giran en torno a ideas como “Aquí mando yo, cuando ganes tu dinero, podrás opinar o ¿tú qué vas a saber si no tienes edad? son frases que consideran que las personas adultas son superiores sobre otras generaciones como niñez, adolescencia y juventud” (Gobierno de México, 2021). Con ello, se pone en el centro la vida adulta y se plantea esta como el eje del poder que determina las acciones, pensamientos y sentir de las generaciones más jóvenes.

Morales (2021) habla de algunos colectivos que han hecho un gran trabajo por escuchar esas voces calladas y anuladas, para que las y los niños sean reconocidos como sujetos históricos, ante la denuncia constante del silencio: “La propuesta política pone énfasis en la necesidad de que lxs pibxs sean creadores de sus propias vidas y proyectos, en tiempos en que el humor mundial lxs considera descartables, y desprecia sus deseos, pensamientos, actos, sentimientos” (Morales, 2021, p. 13)

En algunos autores del psicoanálisis se encuentra también esta posibilidad, aunque no es la única forma. Además, la aplicación de un psicoanálisis ortodoxo que borre estas diversidades y que no logre situarse o posicionarse al respecto no está exenta de ejercer estas violencias. En ocasiones las estructuras psicopatologizan, los conocimientos y las ciencias se convierten también en condenas, etiquetas y patologías.

Si pensamos el psicoanálisis desde una práctica ética, que escucha y sostiene la duda, podemos encontrar un trabajo de despatologización y un interés por abrir la escucha de las rupturas desde otro lugar. Por ejemplo, la eclosión adolescente que se propone en este texto remite a Freud en su texto “Las Metamorfosis de la pubertad” (1905). En



principio el título ya plantea la reflexión de la pubertad como metamorfosis, movimiento, cambio y transformación de la forma. La última parte propone un texto muy valioso con una riqueza extraordinaria para quienes trabajan con adolescentes, donde analiza la ruptura con las figuras parentales:

Uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del periodo de la pubertad: el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores, el único que crea la oposición, tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua. (Freud, 1905, p. 207)

Freud ya habla desde el siglo pasado de esa ruptura como un gran logro psíquico. La caída de las figuras parentales ocupa un lugar fundamental en la subjetividad, esa ruptura genera una fisura que es la posibilidad de la continuidad, la oposición no como patología sino como un logro cultural. Lo que se inaugura en esa ruptura es la posibilidad de la creatividad adolescente, de crear algo propio, ese proceso de desalienación del discurso parental y adulto.

Anna Freud (1985) le nombra a ese romper el envoltorio, desorden normal del adolescente:

Para ampliar estos conceptos, diré que considero normal que un adolescente se comporte durante un largo período de manera incoherente e imprevisible; que se oponga a sus impulsos y que los acepte; que logre evitarlos y que se sienta desbordado por ellos; que ame a sus padres y que los odie; que se rebelde contra ellos y que dependa de ellos; que se sienta avergonzado de reconocer a su madre ante los demás y que, inesperadamente, desee de todo corazón hablar con ella; que medre con la imitación y la identificación con otros, mientras busca sin cesar su propia identidad; que sea idealista, amante del arte, generoso y desinteresado como nunca lo volverá a ser, pero que sea también lo contrario, egocéntrico, egoísta y calculador. Estas fluctuaciones entre extremos opuestos serían

altamente anormales en cualquier otra época de la vida; pero en este momento significa simplemente que hace falta un largo tiempo para que surja la estructura adulta de la personalidad, que el yo del individuo no cesa de experimentar y que no desea cerrarse prematuramente a nuevas a nuevas posibilidades. (...)

Mientras la conducta del adolescente es incoherente e imprevisible, es posible que éste sufra, pero no creo que requiera tratamiento. En mi opinión, es necesario darle tiempo y medios para que elabore sus propias soluciones. Quizá sean sus padres quienes deben recibir ayuda y orientación para actuar con la necesaria indulgencia. Hay pocas situaciones en la vida que sean más difíciles de enfrentar que la de un hijo o hija adolescente que lucha por liberarse” (Freud, 1985, p. 183-184).

La autora señala que es difícil en la adolescencia diferenciar entre normalidad y patología y que no tendría que quedar enclaustrada ni de un lado ni del otro. Ese límite y dificultad lo podemos pensar como parte de la vida y no patologizar. Lo que podría preocupar sería la ausencia de la crisis, pues el yo adolescente se encuentra experimentando, explorando, abriéndose a nuevas posibilidades.

En este proceso es posible que sufra y que haga sufrir, pero nuevamente el tiempo es visto como un aliado. Además, la autora pone el acento en dar al individuo los medios para elaborar sus propias soluciones, para que pueda luchar (trabajo psíquico) por liberarse, y que sólo puede hacer el sujeto mismo. Los adultos podrán acompañar y posibilitar, no patologizar y nombrar desde el discurso adultocéntrico.

Si el paradigma logra cambiar, si la forma de mirar las adolescencias también se transforma junto con ellas, y si se admite el desorden como parte fundamental de la vida, no se encontrará nada patógeno que estudiar, etiquetar, estigmatizar y nombrar desde el síndrome, el trastorno, la nosografía. El adolescente



entonces no será alejado de su historia, de sus mitos, de su entorno, ni quedará fuera de la reflexión la riqueza de su época, de su contexto y subjetividad.

Un gran maestro, Winnicott (2016), quien se tomó muy en serio el trabajo por la despatologización, habla del bosquejo de la adolescencia. Decir bosquejo permite pensar en un trazo abierto, un borrador con mucho movimiento, imagen abierta al porvenir:

Continuando con mi bosquejo de la adolescencia, que expongo en términos dogmáticos para ser breve, sólo existe una cura para esta etapa, y ella consiste en el paso del tiempo y en el tránsito de la adolescencia al estado adulto. No debemos tratar de curar a los adolescentes como si padecieran un trastorno psiquiátrico. (Winnicott, 2016, p. 319)

El autor advierte que nombrar bosquejo a la tormenta adolescente como él la llama, no tiene cura alguna más que el tiempo, pero sobre todo que el bosquejo no es un trastorno psiquiátrico, y que hacer una imagen dura y fija reducida a la patología deja fuera el trazo abierto. No obstante, si se entiende como bosquejo, los saberes psi no tendrían que inventar una cura a la adolescencia, si no ser un espacio, un medio posibilitador, sostener y que esa “cura” no se convierta en soluciones falsas:

Además, el adolescente tiene una feroz intolerancia a la solución falsa. Le aportamos algo al no ofrecerle como adultos ninguna solución falsa; en lugar de ello, debemos enfrentar los desafíos localizados y las necesidades agudas a medida que surge. Esperamos que una independencia desafiante alterne con la regresión a la dependencia, y resistimos haciendo tiempo en lugar de ofrecer distracciones y curas. (Winnicott, 2016, p. 320)

En esta época de búsqueda de soluciones mágicas, inmediatas, de la vida acelerada y terapias breves que no se detienen el tiempo necesario para entender, que ofrecen “curas” y

adaptaciones sin que el sujeto esté implicado, sin preguntarse, Winnicott (2016) ofrece resistir.

En lugar de vender curas, dice Gabriela Insua (2021), recordemos que a los adolescentes no les falta nada, que los malestares son expresiones de la subjetividad, síntomas, son la vida misma, la idea constante de que se les tiene que enseñar y corregir. El no respetar su subjetividad no posibilita que la vida se vuelva habitable.

Indudablemente surge aquí la pregunta: ¿desde la clínica cuál sería la postura? La respuesta sería una postura ética, que sostenga la duda, suspenda cualquier lectura moral, respete la singularidad, y escuche la producción de saberes singulares, encontrando porvenir donde sólo se ve patología:

Toda apuesta clínica tiene sus riesgos, los mismos que también tienen los otros abordajes, con la diferencia de que lo que acontezca en los avatares de la clínica no será por el adormecimiento de la potencia, de la libertad, sino en los meandros de la búsqueda de la construcción de su saber hacer por parte del sujeto. (Insua, 2021, p. 23). No es sin riesgos, pero se vuelve factible la potencia y la libertad que es fundamental para la humanidad.

Es necesario dejar de mirar y pensar al adolescente desde la incredibilidad adulta, pues imposibilita escuchar de manera activa. Querer corregirles todo el tiempo, tomar una posición de poder y saber, anula sus formas de pensar, actuar y decidir. No quiere decir que se les abandone o “se les deje hacer lo que quieran”, sino en “estar para cacharles”, estar sin invadir, sin hacer pedagogía en todos los espacios. Es permitirles que muestren, que enseñen, que denuncien las injusticias, que señalen la hipocresía del discurso adulto, que cuestionen la vida, el amor, la muerte, las desigualdades, y que se escuchen sus denuncias sin recurrir a la desacreditación patologizante y a la medicalización que adormece:



Ya sea porque se los desestime o se los beatifique, el niño y el adolescente son cosificados a veces en objetos de denigración o de culto, cuando en verdad son sujetos de derecho, que en acto transforman su entorno; esto para el mundo adulto es sumamente peligroso. (Insua, 2017, p. 21)

Pensar todas estas formas de nombrar la ruptura sin patologizarla, es reconocer la eclosión, metamorfosis y bosquejo. Permite considerar los tiempos lógicos tiempos subjetivos y no caer en reduccionismos biologicistas que sólo reconocen a la adolescencia como una edad cronológica y orgánica.

Salir de esta única manera de lectura posibilita en los trabajos psíquicos que están en juego. No sólo se trata de ver al adolescente como el que recibe y adolesce pasivamente, sino como el sujeto partícipe y artífice de su propia metamorfosis.

Rodulfo (1992) se pregunta cómo pensar la clínica con adolescentes desde el diagnóstico diferencial, en qué trabajos de simbolización está, es decir, el adolescente interpelado con una exigencia de trabajo psíquica daría una lectura muy distinta a la de la patologización. Se pensaría el trabajo psíquico de manera activa desde el tramitar, resignificar, elaborar los conflictos psíquicos y no sólo eso, sino permite generar nuevas escrituras en la subjetividad (neoescrituras). No es sólo una reedición de la infancia o un pasaje a la vida adulta, sino un gran trabajo psíquico fundamental la subjetividad de la vida del adolescente.

Rodulfo (2008) le nombra también a ese lugar activo como un segundo deambulador, que tiene una potencialidad de matriz lúdica, un deseo por explorar y reconocer que explorar tiene sus riesgos, crecer es un riesgo. No obstante, si se ve el riesgo como potencialidad y posibilidad creativa, exploratoria, se supera la idea de tragedia.

El primer deambulador es el toddler y esa segunda deambulación la piensa como un viajero y la idea de la adolescencia como un viajero es la despatologización misma, es decir, no un turista que ya sabe a dónde va, sino aquel que se permite perderse, que no busca y encuentra, que navega sin rumbo, pero con deseos, que se topa con lo contingente, que no tiene ya todo planeado y programado.

Ese segundo deambulador es nombrado por la sociedad como loco. Una madre enunciaba que los actos de su hijo eran locos, como una forma de desacreditación y de no entender sus actos, como actos sin sentido. Sin embargo, es posible reivindicar la locura para superar la idea implícita de enfermedad.

Lauru (2005) dice que la locura adolescente genera malestar tanto en los adultos, como en la clínica con adolescentes, porque existe una gran dificultad por aprehender el fenómeno adolescente, momento de mucho movimiento, de mucha transformación a nivel psiquismo, lo que se puede pensar desde la locura psicopatológica. No obstante, el autor intenta reivindicar la palabra locura, rehabilitarla y darle otro estatuto: una locura creativa. Los adolescentes tienen pasión por lo simbólico, por volverse locos porque ello inaugura preguntas existenciales. El acceso a la locura tiene un carácter potencialmente madurativo, transformador y creativo.

En este sentido, Aberastury (2018) piensa en el duelo adolescente como un proceso de desprendimiento, pero no como patología: es un proceso dinámico, de lo que se pierde, la condición de niño, el cuerpo, identidad y rol infantil, a los padres. Este proceso de elaboración del duelo conlleva un trabajo muy activo en el sujeto, pero no es pasivo ni patológico.

El duelo adolescente es parte fundamental de la vida. Dolto (1995) le nombra a este proceso “complejo de langosta”. Es un tiempo de pasaje, un segundo nacimiento que ocurre de



manera progresiva, donde poco a poco los cuidados y la protección familiar dejan de estar. Las langostas rompen el caparazón viejo y duro que las protegía y quedan un tiempo desprotegidas, es decir, una muda que las deja en estado vulnerable y con riesgos tanto internos como externos.

Sin embargo, es una muda necesaria. La transformación se vuelve inevitable y toca crecer, abandonar a los padres de la infancia (el caparazón que cuidaba y contenía). Es un tiempo liminal de desprotección y conlleva nuevos miedos, tanto para los padres como para el adolescente. Al paso del tiempo puede acompañarse en la fabricación de un nuevo caparazón.

Para la autora esa es la prueba de que el adolescente está creciendo y de que este segundo nacimiento no es patológico sino evidencia de crecimiento. Si se piensa a la clínica psicoanalítica como un espacio de sostén de esa transformación del adolescente, donde el ente transferencial le posibilite ir armando ese mutar de caparazón, y de lugar a ese segundo nacimiento. Serán posibles nuevos espacios de subjetivación y lugares creativos que permitan sublimar toda esa descarga pulsional para que el adolescente devenga como un sujeto deseante, que tenga tanto física como psíquicamente un espacio para vivir.

Moreno (2014) plantea que esta ruptura también conlleva una confrontación necesaria, pues surge de las diferencias entre padres e hijos y apunta que sería fundamental no evitar la confrontación. En ocasiones en las escuelas y en la casa se ven las confrontaciones como patología, no obstante, el autor abre la posibilidad de pensarlas como una vivencia inevitable e incluso necesaria para modular la violencia “natural” y evitar un quiebre sin retorno. Para ello, los adultos y los psicoanalistas deberán estar dispuestos a no tener respuestas, a sostener el conflicto sin evitar la confrontación y poder ver lo que de ahí surge de nuevo, de inaugural, donde se

reconozcan los trabajos psíquicos de las adolescencias y se aloje el conflicto, las rupturas, posibilitando espacios de subjetivación y un lugar donde las adolescencias puedan ser y existir.

Gisela Untoiglich (2013) se pregunta concienciadamente:

¿Qué sería intervenir en el mundo psi?, sería usar el diagnóstico a niños y niñas como hipótesis que orientan el proceso de cura. Para construir las el profesional psi tendría que indagar las condiciones históricas, escolares y singulares de cada niño y niña. Tendría que exponerlas a los implicados, buscando que se produjera un saber nuevo sobre el malestar del niño y la niña inherente a su vida cotidiana, y que se inventaran nuevos modos de abordarlo, nos propone crear demandas en niños y niñas que no parecen demandar nada y vincularlos con sus padres, su familia y su entorno, a fin de abrir posibilidades para que su deseo comience a circular, les permita sentirse vivos y sostenidos. En los espacios educativos, sería alojar las diferencias que se dan en las infancias sin patologizarlas, para así no naturalizar desigualdades. Sería también fomentar la singularidad y los vínculos intersubjetivos. Sería, en síntesis, desplazarnos del campo neurológico hacia el psicoanálisis, la filosofía y las humanidades. El papel de estas últimas reside en crear espacios públicos de reflexión para comprender la situación histórica en que vivimos y nuestro papel en ella. Intervenir como profesionales del mundo psi sería una forma de equilibrar ese biopoder asimétrico y tan violento que cae sobre el niño y niña diagnosticado. (Untoiglich, 2013).

El diagnóstico diferencial que se usa en psicoanálisis no debería ser un acto más de violencia etiquetante ni patologizante. Rodolfo (2016) propone pensar el diagnóstico como un boceto, es decir, sólo un borrador, no algo fijo que le haga perder el nombre propio al adolescente y se pregunta cómo diagnosticar sin



patologizar la singularidad. Plantea que el diagnóstico diferencial es más una dirección de cura que una etiqueta clasificatoria.

Diagnosticar no es clasificar. Pese a ello, la teoría y clínica de la psicopatología infanto-juvenil tiene un sesgo profundo ya que es creada a partir de la teoría y clínica de los adultos. Esto ha tenido efectos iatrogénicos, pues la clínica con adolescentes tiene una especificidad para nada reductible al trabajo con adultos.

Al entrar la clínica en la adultez se tiende a patologizar y se espera que las infancias y adolescencias se comporten como adultos: todo lo que no represente la vida adulta sería patología, y esperar que la teoría del adulto explique un tiempo subjetivo muy distinto como lo es la adolescencia, es como trabajar desde con adultos y no con adolescentes directamente, es pensarles pasivos en sus trabajos clínicos.

La autora también denuncia la medicalización del orden psiquiátrico de las infancias y adolescencias, porque esta no respeta la subjetividad singularidad ni reconoce la diferencia. Ha quedado subsumida con fines adaptativos, productivos para normalizar, castigar y vigilar. Las adolescencias no pueden quedar borradas y perder sus nombres propios, su ser, y ser reducidas a un diagnóstico clasificatorio que dé toda explicación de su subjetividad robándoles identidad.

Conclusión

Tener una postura ética y política, es decir, poder pensar la eclosión adolescente desde una lectura no patologizante, es tan necesario como que la clínica psicoanalítica, los saberes psi y las ciencias sociales tengan apertura a no patologizar y escuchar con dignidad las voces de los más jóvenes.

Este texto es una propuesta abierta: no pretende tener respuestas ni manuales ya armados que dejen fuera a las adolescencias,

sino pensarlas como sujetos activos de su transformación, artistas de su propia vida, escultores de su metamorfosis y sujetos con derechos y saberes.

Para ello, los psicoanálisis y las ciencias sociales deben problematizar e intervenir no sólo desde lo intrapsíquico sino también en los intersubjetivo y transubjetivo, generando espacios de subjetivación, lugares donde la adolescencia sea habitable y donde las adolescencias puedan ser y existir.

Los diagnósticos en la adolescencia deben enfocarse en la dirección del sostén y la escucha atenta. Su brújula debe ser el sufrimiento y no la necesidad de etiquetar ese sufrimiento, pues se contribuye al estigma y la criminalización. Por ello, es necesario que la terapia se convierta en un lugar que se aloje. Si se etiqueta y patologiza los saberes psi se vuelven espacios deshumanizantes, sufrientes y desubjetivizantes.

Este artículo pretende generar nuevos saberes, pero sobre todo preguntas, que permitan ser directrices de otros horizontes cuando la angustia, el riesgo, el miedo y la imposibilidad estén en las subjetividades adolescentes:

Esos que nos consultan “sin saber adónde ir” como tan precisamente decía Winnicott, y para que escuchemos lo que empiezan a escribir de sus preguntas. Piden preguntas... son sus adultos los que piden respuestas. Ellos, cada quien a su modo, piden preguntas. Construir su propia pregunta, sobre el amor, sobre la vida, sobre su lugar en un mundo que parece dedicarles todas las marcas de objeto y pocos objetos sin marcas.” (Insua, 2021, p. 77)

Pero también que el ejercicio clínico y las intervenciones con las adolescencias no dejen fuera la época, el contexto social y cultural, que la clínica psicoanalítica no atienda sólo desde el privilegio del consultorio, que salga a las calles, que vaya al barrio, a la periferia generando



nuevos dispositivos que incluyan todas las voces, músicas, gestos, vestimentas, cuerpos, identidades, para que nadie quede fuera.

La clínica psicoanalítica y los saberes de las ciencias sociales deben estar advertidas del ejercicio de violencia continua sobre las adolescencias, y sobre todo de las prácticas adultocéntricas. “Ya pa que, si los adultos siempre saben”, dicen los adolescentes. Y no, no saben todo, pero lo pueden construir juntos, en colectivo, apelando al lazo social, posibilitando espacios de denuncia, de confrontación y resistencia. Espacios de escucha, de sostén, de elaboración, de arte, de juego, de deporte, de sublimación que den un lugar para vivir subjetivamente hablando, que acojan.

Por ello, se propone pensar las adolescencias no sólo como la reedición de la infancia, la elaboración, la resignificación, la reescritura, o un pasaje. La adolescencia hace historia, hace nuevas escrituras, es un tiempo vital. Es un acontecer que genera un antes y un después y posibilita porvenir:

El futuro es aquello que se puede anticipar, proyectar, prever, predecir, prescribir, aquello sobre lo cual se puede tener expectativas razonables. Depende en gran medida, de nuestro poder y nuestra voluntad. Es una figura de la continuidad del tiempo y del camino lineal.

El porvenir es una figura de la discontinuidad del tiempo. En tanto y en cuanto el futuro se conquista, el porvenir se abre. El porvenir nombra la relación con el tiempo de un sujeto activo, pasional, que se constituye desde su ignorancia y finitud. (...) Propongo pensar la figura del analista como un posibilitador de porvenires potenciales, un sujeto activo (no muerto), que se encuentra con otros sujetos activos (no pacientes); niños y padres, co-constructores de novedosos caminos que quizás habiliten nuevas oportunidades. (Untoiglich, 2013, p.81-82)

El trabajo de los psicoanalistas será generar y habilitar nuevas oportunidades, que los saberes psi sean espacios de alojar el acontecimiento adolescente y se abra el porvenir para que el presente sea habitable, para reconstruir el pasado. Que los dispositivos clínicos se permitan salir de la patología para reconocer sujetos diversos y con mucha riqueza subjetiva, sujetos de derechos y activos. Que los saberes habiten la duda como una posibilidad para crear nuevas formas de sostén que estén a la altura de la época y el contexto.

Por último, la poesía también aporta otra forma de decir, donde la teoría no tiene lugar, donde las letras se hacen acto, donde no hay lugar para la patología:

¿Qué les queda a los jóvenes?
¿Qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de paciencia y asco?
¿sólo grafitti? ¿rock? ¿escepticismo?
también les queda no decir amén
no dejar que les maten el amor
recuperar el habla y la utopía
ser jóvenes sin prisa y con memoria
situarse en una historia que es la suya
no convertirse en viejos prematuros

¿qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de rutina y ruina?
¿cocaína? ¿cerveza? ¿barras bravas?
les queda respirar / abrir los ojos
descubrir las raíces del horror
inventar paz así sea a ponchazos
entenderse con la naturaleza
y con la lluvia y los relámpagos
y con el sentimiento y con la muerte
esa loca de atar y desatar

¿qué les queda por probar a los jóvenes
en este mundo de consumo y humo?
¿vértigo? ¿asaltos? ¿discotecas?
también les queda discutir con dios
tanto si existe como si no existe
tender manos que ayudan / abrir puertas
entre el corazón propio y el ajeno /
sobre todo les queda hacer futuro



a pesar de los ruines de pasado
y los sabios granujas del presente.
(Benedetti, 1998)

Referencias

- Aberastury, A., & Knobel, M. (2018). *La adolescencia normal: Un enfoque psicoanalítico*. Paidós.
- Aulagnier, P. (1989). *Construir(se) un pasado*. En *Psicoanálisis* (Vol. XIII, No. 3). APdeBA.
- Cao, M. (2019). *Planeta adolescente: Cartografía psicoanalítica para una exploración cultural*. Windu.
- Dolto, F. (1995). *Palabras para adolescentes o complejo de la langosta*, Atlantida.
- Freud, A. (1985). *Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente*. Paidós.
- Freud, S. (1976). *Tres ensayos de teoría sexual* (Obras completas, Tomo VII). Amorrortu. (Trabajo original publicado en 1905).
- Galeano, E. (s. f.). "La rebeldía". *Revista Sudestada*. <https://www.facebook.com/sudestadarevista>
- Gobierno de México. (2021). *Adultocentrismo: Qué es y cómo combatirlo*. <https://www.gob.mx/sipinna/es/articulos/adultocentrismo-que-es-y-como-combatirlo?idiom=es>
- Insua, G. (2017). *Saltar de la cuna: La subjetividad adolescente. El derecho al síntoma*. Letra Viva.
- Insua, G. (2021). *No patologizar la adolescencia*. Letra Viva.
- Insua, G. (2022). *¿Cómo pudo despertarse con esa herida? Estados abatidos en la adolescencia*. Letra Viva.
- Janin, B. (2019) *Infancias y adolescencias patologizadas. La clínica psicoanalítica frente al arrasamiento de la subjetividad*, Noveduc.
- Lauru, D. (2005). *La locura adolescente. Psicoanálisis de una edad en crisis*. Argentina, Nueva Visión.
- Morales, S., & Magistris, G. (2021). *Niñez en movimiento: Del adultocentrismo a la emancipación*. El Colectivo.
- Moreno, J. (2014). *La infancia y sus bordes. Un desafío para el psicoanálisis*. Paidós.
- Pavelka, G. (2022). *Música y transferencia en los abordajes con infancias y adolescencias: Invenciones psicoanalíticas en los márgenes institucionales y comunitarios*. Letra Viva.
- Real Academia Española. (s. f.). *Eclosión*. En *Diccionario del estudiante*. Recuperado el 3 de abril de 2026, de <https://www.rae.es/diccionario-estudiante/eclosion>
- Rodulfo, M. P. (2016). *Bocetos psicopatológicos: El psicoanálisis y los debates actuales en psicopatología*. Paidós.
- Rodulfo, R. (1992). *Estudios clínicos. Del signifiante al pictograma a través de la práctica psicoanalítica*. Paidós.
- Rodulfo, R. (2008) *El psicoanálisis de nuevo. Elementos para la deconstrucción del psicoanálisis tradicional*. Eudeba.
- Rodulfo, R. (2012). *Padres e hijos: En tiempos de las retiradas de las oposiciones*. Paidós.
- Rodulfo, R. (2013). *Andamios del psicoanálisis: Lenguaje vivo y lenguaje muerto en las teorías psicoanalíticas*. Paidós.
- Rodulfo, R. (2014). *El niño y el signifiante: Un estudio sobre las funciones del jugar en la constitución temprana*. Paidós.
- Untoiglich, G. (2013). *En la infancia los diagnósticos se escriben con lápiz: La patologización de las diferencias en la clínica y la educación*. Noveduc.
- Untoiglich, G. (2017). *Infancias: Entre espectros y trastornos*. Paradiso Editores.
- Winnicott, D. W. (2016). *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: Estudios para una teoría del desarrollo emocional*. Paidós.